

RAFAEL POCH-DE-FELIU

LA GRAN TRANSICIÓN

RUSIA, 1985-2002

CON NUEVO EPÍLOGO DEL AUTOR



CRÍTICA

RAFAEL POCH-DE-FELIU

LA GRAN TRANSICIÓN

Rusia, 1985-2002

Prólogo de Roi Medvedev

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2003
Primera edición en esta nueva presentación: octubre de 2022

La gran transición. Rusia, 1985-2002
Rafael Poch-de-Feliu

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Rafael Poch-de-Feliu, 2003, 2022

© del prólogo, Roi Medvedev

© de las ilustraciones reproducidas en el pliego fotográfico, Enrique Fernández y Rafael Poch

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-459-6
Depósito legal: B. 13.975-2022
2022. Impreso y encuadernado en España



1

La URSS de antes

LA DIVISORIA DE LOS AÑOS SESENTA

En la primera mitad de la década de los sesenta el sistema de la URSS alcanzó su apogeo. Era una época de comprensibles esperanzas y justificado optimismo social. En treinta años nunca se había vivido mejor. En las ciudades, donde por primera vez ya vivía más de la mitad de la población del país (53 por 100 en 1965), el piso separado se iba convirtiendo en la vivienda predominante conforme avanzaban los programas de construcción intensiva de viviendas. La estrechez compartida de las «komunalkas» (apartamentos comunales) y los tugurios, cedía terreno al apartamento unifamiliar con sus servicios (agua corriente, cocina de gas, electricidad, calefacción) y electrodomésticos (radio, televisión, nevera). Aparecieron los seguros sociales de sanidad y las pensiones de jubilación. Los salarios aumentaron incluso en el campo, donde se levantaron medidas de servidumbre como la prohibición para el campesino de abandonar el koljoz. La sociedad había superado la catástrofe de la guerra, con el mayor de los colapsos demográficos del siglo a cuenta de la URSS, había emprendido la reconstrucción literal del país, de sus ciudades e infraestructuras de la parte europea, y había enterrado a Stalin (1953) y cerrado los campos de trabajo esclavo, entre 1954 y 1957. La producción de acero, que en 1945 era de 12,3 millones de toneladas, aumentó a 65,3 millones en 1960, la de electricidad pasó de 43,2 millones de kilowatios/hora a 292 millones, la producción de coches de 74.000 unidades a 542.000. Con un crecimiento anual del 10 por 100 en los cincuenta, la producción industrial se cuadruplicó entre 1953 y 1964. Tanto económica como militarmente se reducían las distancias con occidente y se vislumbraba la perspectiva de un equilibrio estratégico por lo menos en cuestión de misiles. En el espacio, la URSS lanzó el primer satélite y envió al primer astronauta. En la

tierra, una tercera parte de la humanidad vivía en regímenes inspirados en el soviético.

La descolonización y la aparición del movimiento de los países no alineados hacía que la URSS descubriera el tercer mundo. En el Caribe, seguramente el escenario más inesperado, aparecía una revolución joven y esperanzadora, la cubana, que, en palabras de Anastás Mikoyán, «rejuvenecía» a los pocos jerarcas del Kremlin que como él habían participado en la revolución bolchevique y sobrevivido a Stalin, principal verdugo de sus esperanzas. Crecía el prestigio internacional de la URSS, un país de rápida modernización, militarmente poderoso y sin responsabilidades coloniales. Había un amplio campo para el optimismo. Jrushov hablaba de «alcanzar y superar» a occidente.

«¿Desean saber lo que es el comunismo, caballeros?», se leía en *Pravda* en abril de 1961, al día siguiente del vuelo de Gagarin. «Pues miren hacia el cielo y verán que el trabajo ha conquistado una parte considerable del mundo, un hombre soviético ha abandonado los confines de la tierra. Como una fórmula matemática, esta simple frase resume la historia precedente de la sociedad humana, el aprovechamiento de las poderosas fuerzas de la naturaleza y el crecimiento del propio hombre.» En julio de ese año, el Partido Comunista aprobaba un nuevo programa en el mismo tono. «El partido considera la construcción del comunismo como la gran meta internacional que responde a los intereses de toda la humanidad.» El programa contenía una afirmación aún más rotunda: «el partido proclama solemnemente: ¡la actual generación de soviéticos vivirá en el comunismo!». Jrushov le puso fecha a la promesa: 1980. El país llevaba casi cuarenta años viviendo, luchando y sufriendo oficialmente en nombre de un futuro mejor. Por primera vez ese futuro se evocaba en presente: la generación actual.

Naturalmente una cosa era el mundo oficial y otra lo que se veía tras el cristal de la ventana de casa, pero para una mayoría de la población todo eso sonaba bastante serio. Lo mismo ocurría con el código moral propuesto por el partido; «el que no trabaja, no come», «uno para todos y todos para uno», «los hombres entre sí: amigos, camaradas y hermanos». El poeta Dolmatovskii se preguntaba: «Velikaya Programma, dai otvet / ¿Chto budiet s nami cherez dvadtsat let?» («gran programa, respóndeme, ¿qué será de nosotros dentro de veinte años?»). La imagen que el país tenía de sí mismo era la de un país libre y democrático, con un régimen social más justo que el de las sociedades occidentales y donde los trabajadores y las gentes del campo (es decir, todos) vivían mejor. Mejoraba la libertad de creación para los intelectuales y escritores. Solzhenitsyn publicaba su relato corto *Un día en la vida de Iván Denisovich* y a Boris Pasternak que se había atrevido a publicar en el extranjero su *Doctor Zhivago*, Jrushov le ofrecía jactancioso la posibilidad de «marcharse fuera de la URSS y experimentar personalmente todas las «delicias del paraíso capitalista».

Tanto la sociedad, la inmensa mayoría de ella, como sus dirigentes creían en unos valores que, sin ser «socialistas», en el sentido de lo que formularon los padres europeos de la doctrina, sí eran genuinamente «soviéticos», es decir, resultado de la conciencia y la cultura «nacional» pasada por el filtro, dramático y contradictorio, de las experiencias de las últimas décadas. Sobre ese tejido, sobre los consensos y aspiraciones entonces predominantes, se podían acometer profundas reformas que normalizaran y mejoraran la vida de los ciudadanos, superaran paulatinamente el despotismo del régimen, desenredaran el embrollo burocrático creado por Stalin y colocaran al país en una posición no desfavorable para los retos de la nueva crisis.

La otra cara de ese idílico panorama eran todos los defectos y taras del desarrollo económico, político y social heredados de un régimen burocrático con gran dosis de terror policial que encerraba una doctrina cuasireligiosa, y de una industrialización y modernización forzadas en sus ritmos y concepciones. Esos defectos y deformaciones hacían que el apogeo del sistema fuera al mismo tiempo su culminación y su límite. Las mismas cifras de los éxitos reportados contenían ese reverso. Comenzaba a proyectarse la sombra de una decadencia a largo plazo. A partir de 1959 disminuían los ritmos de crecimiento de la producción industrial. Desprovista de sus «urgencias» (tapar agujeros vitales) y «movilizaciones», la economía y la sociedad no encontraban un terreno firme sobre el que normalizarse. Aunque los niveles de vida habían mejorado, el grueso de los recursos continuaban reservados para la industria pesada, el complejo industrial-militar y la defensa, por lo que la demanda del consumidor no podía estimular el crecimiento, como estaba ocurriendo en occidente gracias a la estrategia económica norteamericana de posguerra. La débil agricultura rusa, con su irremediable desventaja climática, mantenía sus insuficiencias, pese a las grandes ofensivas extensivas de irrigación y desbrozamiento de nuevas tierras. En los cincuenta la producción agraria neta creció un 4,8 por 100 anual, pero sólo un 3 por 100 en los sesenta y continuaría bajando la década siguiente, pese a las grandes inversiones. En términos comparativos la «distancia» económica con occidente iba a aumentar en el futuro.

Otra clara señal era la dinámica de la mortalidad. Rusia siempre había superado a Europa occidental en sus tasas de mortalidad y la esperanza media de vida de sus habitantes era tradicionalmente inferior a la europea. Pero desde 1910 hasta los años sesenta la dinámica de la mortalidad en Rusia había ido reduciendo distancias con los países de Europa occidental. A partir de 1965 esa tendencia se invirtió.

Más allá de esas cifras, la evolución histórica del país permite hacerse preguntas sobre el «fondo poblacional» de la sociedad soviética en una década decisiva por su carácter de divisoria ante diversos escenarios y posibilidades de desarrollo posterior. Desde principios de siglo, Rusia había ido perdiendo

a «sus mejores hijos» en las sucesivas cribas de la primera guerra mundial, la revolución, la guerra civil, las represiones y la segunda guerra mundial. Según la teoría del inclasificable historiador-etnólogo Lev Gumiliov, por término medio no más del 10 por 100 de la gente de cada generación puede poner sus ideales por encima de sus intereses vitales cotidianos. Esa «vanguardia» de la sociedad, sus representantes más activos, generosos y entregados, fue la más expuesta en todos los capítulos de esa criba. «Los primeros en salir de la trinchera en la guerra y de enfrentarse a la tiranía en la paz», según la expresión de un relevante analista del KGB. Sería vano especular sobre las consecuencias de esa ausencia, pero seguramente tuvieron su impacto sobre la energía y el pulso vital del país.

Por otro lado, esa culminación de la URSS no se entiende sin referirse a aspectos ideológicos fundamentales, en gran medida independientes de lo económico, que constituían, si no el cuerpo, sí el «alma» del sistema soviético. Se trata de la «crisis teológica» que el sistema padece y que le ha ido privando de esa «fuerza pasional» sin la cual el cuerpo no sabe justificar sus funciones físicas.

La ideología soviética, el «istmat» (abreviación de materialismo histórico), era objeto de fe, como cualquier otra religión. Eso significaba que, como religión, sus dogmas y presupuestos no sólo no estaban abiertos a la comprobación y a la crítica, sino que se les protegía de ambas. El problema era que, el «istmat» no era únicamente religión. También era una teoría para el desarrollo social referida a hechos y sometida a pronósticos verificables. Como dice el profesor Furman, «a diferencia del cristianismo o del islam, el «istmat» no podía proclamar su independencia de la experiencia», pero al igual que cualquier otra religión debía protegerse de la verificación empírica. Ambos vectores, el religioso y el científico, colisionaban en esta especie de «religión laica». Los aspectos científicos del «istmat» estaban llamados a reventar los aspectos religiosos. Por eso, como religión, el «istmat» fue tan efímero, comparado con el cristianismo, el islam u otras religiones que crearon civilizaciones.

La promesa religiosa es vaga e indeterminada. Eso permite que la reencarnación de Cristo, el reino de los justos y el paraíso sigan ahí, como escenario futuro, a lo largo de los siglos. La promesa del «istmat», sembrada sobre el terreno particularmente fértil de una sociedad agraria en tránsito hacia la industrialización, con gran movilidad y en medio de grandes cambios psicológicos y materiales, ponía fecha a sus planes y paraísos, y se comparaba, en toda una serie de resultados prácticos, con los resultados de otras naciones competidoras.

En los años treinta y cuarenta, el «istmat» tuvo que ser protegido de su colisión con la realidad por un régimen de terror, pero eso no impidió que esa contradicción continuara devaluando y vaciando su fuerza pasional ori-

ginal. De alguna forma, sus propios resultados prácticos trabajaban contra la sacralización. Así, la información y el aumento del nivel de educación de la población, la paulatina normalización de su vida, etc., estaban llamados a abrir brechas y agujeros en los muros de la fortaleza asediada que era la URSS, en sus dogmas y principios. Unos agujeros por los que cada uno podía mirar y ver el mundo exterior, comparar, pensar, y dejarse tentar por otro tipo de creencias y paraísos. En los años setenta, la afirmación oficial de que la URSS representaba un estado de cosas al que toda la humanidad debía acceder algún día, como sugería el escudo de la URSS con su hoz y martillo estampadas sobre el globo terrestre, ya había perdido toda fuerza religiosa.

En cualquier caso, todas esas señales e indicadores que señalaban los límites y techos de lo alcanzado, y advertían sobre los problemas de continuar sobre los mismos railes en tantos aspectos de la vida social y económica, no fueron atendidas. La crisis estructural de fin de siglo, con su vector apuntando hacia un nuevo tipo de crecimiento basado en la información y los microprocesadores, hacia un nuevo «sentido común» acerca de lo que era «eficacia económica», llamaba a la puerta. Llegaba el momento de plantearse los imperativos del paso de una situación de producción industrial basada en la energía barata, con gestión económica vertical, jerarquizada, con gran regulación estatal e interestatal de las políticas económicas, con aumento del consumo y del nivel de vida de la mayoría, hacia otra situación más funcional en la que dominase el desinterés por la industria clásica, con decididas apuestas en nuevos sectores (electrónica, informática) de producción y gestión descentralizada y horizontal, y en un marco de globalización (de la producción, las inversiones, de la circulación de capital y de las innovaciones) en el que el dinero superaría definitivamente las barreras y fronteras nacionales.

Por aquellas fechas, un profesor de Jarkov, Yevsei Liberman, propuso la introducción de incentivos de mercado para dinamizar la economía, dando más autonomía a las empresas liberándolas del corsé de los órganos burocráticos centrales y rehabilitando la idea de lucro. El proyecto de Liberman —que recogía ideas del profesor polaco Oskar Lange sin llegar tan lejos como llegaría años más tarde el filósofo checo Radovan Richta, autor del concepto «socialismo de rostro humano» que Dubcek popularizó en la Primavera de Praga— tenía la virtud de llamar la atención hacia calidad y costos en la producción y hacia la autonomía en la gestión, y representaba un giro considerable con respecto a la unilateral preocupación productiva extensiva y su carcasa burocrática.

La caída de Jrushov, un dirigente que, con todos sus defectos, tenía gloriosas e innegables ventajas respecto a su terrible antecesor y gran parte del entorno que le sobrevivió, y al que el propio Jrushov pertenecía, fue obra de

un golpe palaciego de vocación restauradora. Naturalmente, en 1964 ni se podía ni nadie quería regresar a las relaciones del estalinismo, pero en los medios decisivos de la elite gobernante predominaba, más allá de la irritación hacia no pocos caprichosos cambios y reorganizaciones del líder depuesto, un deseo de no «meterse en líos», de no arriesgar posiciones de casta en aras de una compleja y hasta cierto punto imprevisible labor de reforma y regeneración económica y social. Ese estado de ánimo plantea preguntas acerca del grupo dirigente soviético responsable de que el cambio exigido por los nuevos tiempos, lo que luego se llamaría en la URSS el «salto» hacia lo postindustrial, hacia la «revolución científico-técnica», la «reestructuración» (*perestroika*), no fuera reconocido como tarea oficial en la URSS hasta pasados veinte años.

LA NOMENCLATURA SOVIÉTICA

La generación de quienes tomaron el poder en 1964 se había formado en el peligroso pantano de la burocracia estalinista. En lo material, su medio ambiente era duro, una «vida difícil», explica el escritor Iliá Erenburg:

Todos hablaban de raciones y abastecimiento. En Tomsk el pan parecía arcilla, me recordó los años veinte. En el mercado vendían trozos de azúcar minúsculos y sucios. Entre clase y clase, los profesores se iban a hacer cola. El almacén «Torgsina» estaba atiborrado de harina, azúcar, calzado, pero se pagaba con oro: anillos de boda, monedas de los tiempos del zar. En Kuznietsk los forasteros preguntaban, «¿hay carne?». El pabellón del tifus del hospital estaba lleno. En Tomsk vi como la mujer de un profesor cocía jabón. Todo recordaba a la retaguardia de una guerra en la que la retaguardia fuera frente: había guerra por todas partes. Se escribía sobre pancartas enormes en dos colores: rosa y negro; la esperanza convivía con el desaliento: entusiasmo y cólera, héroes y arribistas, ilustración y oscurantismo. A unos aquella época les daba alas, a otros los mataba.

Piotr Shelest, primer secretario del Partido Comunista Ucraniano entre 1963 y 1972, recuerda así el ambiente de la fábrica de Jarkov en la que trabajó en su juventud: «Casi cada día, mejor dicho, cada noche, había detenciones de trabajadores en la fábrica. Muchos trabajadores cualificados, ingenieros, hasta el jefe del cuerpo de bomberos, eran detenidos. Más de ochenta personas. Algunos regresaron a la fábrica, pero mantenían un silencio total sobre lo que les pasó y el por qué de su detención. De muchos detenidos no volvimos a saber nada. Desaparecieron. Las acusaciones como «enemigos del pueblo» u «oportunistas», aparecían constantemente en la prensa, en la radio y en los discursos de los activistas del partido. Todos desconfiaban de todos; el padre del hijo, el hijo del padre. Las denuncias lo en-

rarecían todo y a todos. Fue un tiempo muy duro y muchos de nosotros sobrevivimos por casualidad».

Pero las purgas y especialmente el llamado «gran terror» del año 1937 dejaba muchos agujeros entre los cuadros de funcionarios y empujaba hacia arriba a toda una generación de los llamados *vydvizhentsy*, los promocionados por el estalinismo. Aún más importante que la criba represiva era el dinámico y caótico crecimiento industrial y burocrático que atravesaba el país, factor de una extraordinaria demanda de cuadros. Entre 1928 y 1939 el personal administrativo se multiplicó por siete, el de altos funcionarios se dobló y el de trabajadores de «cuello blanco» (*sluzhashie*) se cuadruplicó. En su mayoría los nuevos puestos los cubrían jóvenes decididos y ambiciosos procedentes de los pueblos y de las fábricas que recibieron cursos nocturnos acelerados de ingeniería y propaganda para la «formación de cuadros». En los años treinta, estos cursos implicaban a millones de personas (al 35,8 por 100 de los trabajadores de las mayores empresas del país) en escuelas y clubs sindicales. La moda de «ser ingeniero» provocaba «desequilibrios», se quejaba el diario *Komsomolskaya Pravda*, dando cuenta de que no se cubrían los cupos en las facultades de pedagogía y medicina.

En el espíritu de los tiempos, la cultura humanitaria salía perdiendo. En 1934, entre los obreros jóvenes de la fábrica «Hoz y Martillo», 43 sobre 100 sabían quien era Edison, sólo 24 Wagner y 25 Rafael. Un año después, los activistas de la fábrica de aviones de Gorki declaraban conocer el nombre y los trabajos del ingeniero aeronáutico Túpolev, pero desconocían a escritores como Shólojov y no habían leído a Máxim Gorki que daba nombre a su ciudad. Una encuesta entre trabajadores estajanovistas mostró que la mayoría de ellos, «nunca leyeron más libros que los manuales de sus máquinas». La presión y los ritmos del primer plan quinquenal estalinista (1929-1932), tan acelerado que no tuvo cinco sino cuatro años, dominaban a todos y especialmente a los que querían subir. El concepto central de los tiempos era la *sotsialisticheskoye sorevnovanie* («competición socialista»), y el modelo el *udarnik* o trabajador de choque. Una poesía enunciaba el genuino espíritu del *udarnik*: «dieciséis horas para el trabajo / ocho para dormir / ¡cero libres!». En 1925 se establecieron nuevas normas y más elásticas de ingreso en el partido, que proporcionarían a Stalin la «nueva masa moldeable, entusiasta y carrerista» que sería la base de su política en el partido. En el pleno de marzo-abril de 1937, cuando el caudillo ya había eliminado al grueso de los viejos bolcheviques que se le oponían, sólo el 17,7 por 100 de los secretarios regionales del partido (*obkom*) y el 12,1 por 100 de los jefes urbanos (*gorkom*) tenía educación superior, mientras que el 70,4 por 100 y el 80,3 por 100, respectivamente, sólo había recibido enseñanza elemental.

Todo el ambiente de la situación creaba un medio en el que se mezclaban, en una extraña síntesis, la ambición y las perspectivas de promoción, el

miedo y el riesgo, la disciplina y una cultura baja, desigual o recién adquirida. En una de sus novelas, el escritor Aleksandr Bek describe así al nuevo dirigente comunista de la época del primer plan quinquenal:

Ni siquiera se permitía pensar en las contradicciones y paradojas de la época. Huía de las cuestiones que pudieran alterar su conciencia de comunista alegando cualquier cosa: no es asunto mío, eso no me afecta, yo no soy quien para juzgar. Si su hermano más querido moría en la cárcel, le lloraba en la intimidad, pero incluso en ese trance se mantenía en sus trece: ¡no razonar! La expresión «soldado del partido» no era para él una palabra vacía.

«En aquella generación hubo poco tiempo para la reflexión», explica Erenburg. «Su amanecer fue romántico y cruel, de ellos se exigió valor, no sólo en el trabajo y en la lucha, sino también en el silencio, en las perplejidades, en las preocupaciones.»

Gente como Leonid Brezhnev, el hombre que sustituyó a Jrushov como líder del país, su ideólogo, Mijail Suslov, o Aleksei Kosygin, eran representantes típicos de esta generación de *vydvizhentsy*. Brezhnev era un «ingeniero» de primera generación que ingresó en el partido en 1929, el año que marca la línea divisoria del abandono definitivo de la NEP y el inicio de la revolución restauradora estalinista, el año de la primera crítica pública del caudillo a Bujarin, abogado de una política de desarrollo económico más gradualista, y recibió su primer cargo político en mayo de 1937, el año del terror, pasando menos de dos años después a ocupar la secretaría de propaganda en el *obkom* de Dnepropetrovsk. Suslov recibió formación como «economista» y ascendió, en 1939, al puesto de primer secretario de la región de Stavropol desde un modesto puesto burocrático. Kosygin, el más ilustrado de los tres, era capataz de una fábrica textil de Leningrado en víspera de la gran purga (1936) y miembro del comité central cuando ésta concluyó en 1938. Su ascensión en el soviet de Leningrado fue tan rápida porque la mayoría de sus miembros fueron detenidos y la dirección se renovó por completo. Estas circunstancias dejaron su huella en las mentalidades y aspiraciones de grupo de quienes tomaron el relevo de Jrushov.

Como grupo, estaban cansados de la imprevisibilidad e inseguridad que habían acompañado su ascenso por la escalera burocrática desde la juventud. Ellos no habían sido los creadores del embrollado sistema burocrático que Stalin había configurado en su patológica carrera por hacer cuadrar las deformaciones y desequilibrios del desarrollo económico y social. Desde el principio habían sido piezas de aquel orden de cosas y su aspiración era, si no lograban mejorar lo que había —una labor complicada y arriesgada porque, como los intentos de Jrushov habían mostrado, suponía remover el mundo del propio grupo dirigente—, sí por lo menos estabilizar las cosas y hacerse para ellos una vida más tranquila, más segura y con menos sobre-

saltos. Esta segunda sí que era una empresa viable y cargada de incentivos personales.

De forma parecida a los ministros de la Iglesia, los nomenclaturistas eran administradores colectivos de enormes riquezas de propiedad estatal que la ideología presentaba como patrimonio social (*vsenarodny*). La convivencia con ellas les hacía parecer obispos codiciosos del patrimonio de su episcopado que administraban sin poseer. Después de 1964 en la URSS se institucionalizó la «época del aparato», del alto funcionariado nomenclurista como «amo» (*joziain*) colectivo del país. Por supuesto la existencia del aparato como tal venía de atrás. Lo nuevo era su emancipación política. Con Stalin el aparato había sido la mano del temido caudillo. Eliminados los peligros de muerte en sus relaciones internas, con Jrushov el aparato se había emancipado y a partir de entonces los secretarios generales pasarían a ser delegados y «primus inter pares» de un aparato institucionalizado como *joziain* colectivo del país.

En octubre de 1964 la nomenclatura había echado a Jrushov colectivamente. Más que el ambiguo resultado de la crisis de los misiles en Cuba, las quimeras de la voluntarista introducción del cultivo del maíz o los caprichos de un líder al que el poder se le había subido a la cabeza, fue el intento de alterar el estatus del aparato nomenclurista lo que seguramente perdió a Jrushov. La división de las organizaciones del partido en rurales y urbanas, y, sobre todo, su intento de limitar a tres mandatos (de 12-15 años) el plazo de permanencia en el poder, anunciaba precisamente esa inseguridad de la que estaban biográficamente cansados y de la que quería huir a toda costa aquella generación de *vydvizhentsy* que ya rondaba los sesenta años de edad. La medida era muy razonable desde el punto de vista de los intereses generales de un país muy burocratizado y con partido único falto de pluralismo interno, pero perjudicaba los intereses del aparato y no sólo a sus sectores más altos y veteranos. Delante de una jarra de cerveza, el propio yerno de Jrushov, Adzhubei, ya un miembro del comité central, se quejaba en privado de la medida: «Es injusta, tengo cuarenta y dos años, lo que quiere decir que a los cincuenta y cuatro tendré que dejar el gran escenario». Jrushov había acabado, además, con los sobres de salarios extraoficiales en la caja del partido, había cambiado por modelos más modestos los coches oficiales de los altos funcionarios y quería convertir en parvularios sus «dachas», residencias secundarias.

Todo eso estaba aún muy lejos de una democratización política y de una puesta en cuestión del estado de cosas fundamental, pero marcaba una dirección inquietante, que se detuvo inmediatamente. Cuando Suslov, a sus cincuenta y ocho años, tomó el control del asunto sus primeras directivas fueron «una actitud atenta hacia los cuadros» y «crear un clima sosegado». Esto significaba condiciones idóneas para la completa implantación de la burocracia en el tejido dirigente del país, algo que Max Weber identificó entre «el tipo de formaciones sociales que más cuesta destruir».

En lo individual, las particulares circunstancias que habían presidido el ascenso de todos aquellos dirigentes desde los tiempos de su juventud no contribuían seguramente a potenciar virtudes como la honradez, la nobleza de carácter y el juego limpio. El beneficiario de una canallada no siempre se convierte en un canalla, pero el mero acto de ocupar los puestos y cargos «calientes» de gente que había sido detenida, encarcelada o fusilada, imprimía determinado carácter a la situación. Además, el ascenso llevaba consigo toda una serie de obligaciones: como mínimo el silencio conformista ante todo aquel estado de cosas, y como máximo la denuncia activa de los «saboteadores» y «enemigos del pueblo» en actos políticos y discursos.

Las relaciones internas dentro de la nomenclatura dejaron de ser sangrientas —lo cual marca una enorme diferencia con la época de Stalin—, pero la mezquindad y un espíritu facineroso dominaban frecuentemente los ajustes de cuentas y pulsos entre dirigentes. La mutua desconfianza era el estado natural entre compañeros de función. En una reunión del politburó, la máxima instancia ejecutiva del partido, Brezhnev se quejó de agobio, diciendo que «así no se puede trabajar» y sugiriendo tirar la toalla. La reacción de Polianskii, otro miembro del politburó, respondiendo a la queja con un espontáneo, «no nos asustes con tu salida, al fin y al cabo si te vas, vendrá otro», creó toda una crisis entre los dos. Brezhnev, que tenía intervenidos los teléfonos de Nikolai Podgorni y de otros miembros del politburó, empezó a vigilar a Polianskii. Éste se dio cuenta y empezó a adular al secretario general. El intento de aplacar su desconfianza incluyó el envío de versos aduladores en los que Polianskii comparaba a Brezhnev con Lenin y al «pleno de octubre» de 1964 que derrocó a Jrushov con la revolución de octubre.

Cuando Piotr Shelest fue cesado por Brezhnev de su puesto en el politburó y de la jefatura del partido en Ucrania, los hijos de éste fueron despedidos del trabajo o rebajados de rango y él estuvo una larga temporada sin encontrar trabajo por órdenes superiores. Tras su caída en desgracia, Shelest, un funcionario muy conservador que había criticado la «tolerancia» de Brezhnev hacia la Primavera de Praga y lo tardío de la intervención militar soviética, pero que al mismo tiempo practicó cierto proteccionismo hacia los escritores de Kiev y la lengua ucraniana, escribió unas memorias que hasta la muerte de Brezhnev estuvieron enterradas en el huerto de su dacha. Todo ello dibuja una situación completamente habitual y absolutamente integrada en el sentido común, tanto del poder como de las víctimas.

Entre los nomenclaturistas no había respeto por la ley. Sabían por propia experiencia que las leyes soviéticas eran frecuentemente meras carcasas, instrumentos del capricho o la necesidad del poder, aplicables a los simples mortales pero no a ellos. Aunque había muchas actitudes enérgicas, laboriosas y responsables entre los cuadros dirigentes a lo largo y ancho del país, el clima, sobre todo en lo más alto de la pirámide, empujaba a poner los intereses

personales y de grupo, en especial la posibilidad de utilizar cualquier situación favorable para el ascenso, por delante de los intereses generales del país. En ese clima, las buenas intenciones se agotaban pronto.

Brezhnev que durante el primer año de su mandato trabajaba intensamente, se llevaba documentos a casa por las noches y llegaba de los primeros a su despacho por la mañana, comenzó pronto a delegar trabajos importantes en sus secretarios y a no leer los documentos que llegaban a su mesa. Las reformas de Kosygin, que retomaron en 1965 los proyectos que Liberman había elaborado en la época de Jrushov, con sus intentos de descentralizar las tomas de decisiones en las empresas y potenciar la producción de bienes de consumo, languidecieron pronto entre las resistencias burocráticas y el miedo a la innovación.

En manos de la nomenclatura se concentraba la autoridad, la producción, la administración y distribución y la creación e interpretación de la ideología. Su columna vertebral era el partido de estado, una institución que no tenía nada que ver con los partidos políticos de un sistema plural. El partido, no sus miembros que nominalmente eran 20 millones, sino sus funcionarios, era la parte decisiva del estado. El partido se presentaba como representante genuino de la sociedad civil, pero en realidad su presencia impedía la separación de poderes y el estado de derecho, es decir, privaba a la sociedad civil del oxígeno necesario para su existencia. Económicamente, el estado-partido usurpaba las funciones del mercado: determinaba las necesidades, dictaba los precios y distribuía los recursos. Los postulados de la ideología oficial castraban o lastraban el pensamiento libre y la espontaneidad y creaban una atmósfera social cerrada y pesada.

Las competencias de los dirigentes incluían aspectos más bien correspondientes a jefes de almacén y directores de departamentos administrativos (jefes de enormes almacenes y directores de inmensas oficinas) y su opinión determinaba hasta cualquier asunto de la más genuina fontanería nacional. «Alimentar al pueblo» era una preocupación de cualquier líder republicano y secretario general. Alimentarlo literalmente: controlar la siembra y las cosechas de patatas, la producción de azúcar y aceite, velar por la distribución y venta, etc. Brezhnev aprobaba personalmente los calendarios de vacaciones de sus compañeros del politburó y sus familias; dónde podían ir y dónde no (los viajes al extranjero eran un asunto delicado) y en qué fechas. Según el relato de Nikolai Yegorichev, primer secretario del *gorkom* de Moscú en los sesenta, uno de sus subordinados de apellido Promyslov, recibió instrucciones de Jrushov para que los asientos de los retretes se hicieran de plástico y no de madera. «Acabo de estar en Hungría y cuando allí te sientas en esas tapaderas, no están frías», explicaba el hombre que negoció con Kennedy el ultimátum norteamericano para desencadenar una guerra nuclear por Cuba. Jrushov aleccionaba a los artistas sobre lo que era o no era arte, e impartía directivas sobre

el material de las aceras en el barrio residencial gubernamental de Kuntsevo, en las afueras de Moscú, como continuaba haciendo en los noventa el alcalde de esta ciudad, Yuri Luzhkov, en sus obras de remodelación de la capital.

Junto a todo esto, la gestión económica durante la época de Brezhnev ya no era lo que había sido con Stalin. Poco a poco, de forma oficial o extraoficial, los departamentos y las empresas rompían los marcos teóricos del plan e iniciaban un intenso proceso de acuerdos, regateos y negociaciones para resolver sus encargos y pedidos, un fenómeno que más tarde, durante la decadencia brezhnevista, adquiriría una importancia capital para el desarrollo social y económico del país.

En política exterior, el «deshielo» jrushoviano había provocado fenómenos dispares al este y al oeste de la URSS. En Europa del este la crítica al estalinismo desencadenó una nueva ola de revueltas y reformas cuya culminación fue el «socialismo de rostro humano» de la Primavera de Praga y su trágico aplastamiento por los tanques soviéticos en 1968. En oriente los problemas surgieron por lo contrario: en China la desestalinización soviética socavaba ideológicamente el caudillismo de Mao, que era la forma política que envolvía, en otras coordenadas civilizatorias, un proceso idéntico al vivido en la URSS durante los años treinta. Si en Praga y Varsovia, la URSS era maldecida por su conservadurismo, en Pekín lo era por su atrevimiento.

En la propia URSS, el pánico inmovilista de los dirigentes ante las reformas y la democratización, y las decisiones a las que éste daba lugar se sumaban a las relaciones de la cocina administrativa interna del aparato con el resultado de una gran amalgama negativa. A finales de 1967, Brezhnev había visitado la región de Gorkii (hoy Nizhnii Novgorod), donde había quedado muy satisfecho por los mítines y discursos de bienvenida con participación de la población de los que había sido objeto. Después del viaje, cuando quedó libre la secretaría del comité central para asuntos internacionales, Brezhnev premió con ese cargo a Konstantin Katushev, el jefe del partido de la región de Gorkii. Katushev era un hombre capaz y trabajador con mucha experiencia en la industria, pero que no sabía nada de asuntos internacionales. La URSS habría invadido Checoslovaquia, tanto con Katushev como sin él, pero el espíritu de la época, a la vez conservador, codicioso y miope, no se entiende en toda su amplitud sin citar a los miles de ineptos que lidiaban con cuestiones de la máxima importancia en la administración del país.

Si en el caso checo el problema se congeló en una larga espera depresiva de veinte años de duración, las consecuencias del desacuerdo con China —abierto con la desestalinización y continuado por la rivalidad ideológica, el conflicto chino-indio de 1959, las diferencias sobre el resultado de la crisis del Caribe y la explosión de la primera bomba atómica china— fueron inmediatas. Sin entender muy bien por qué, la URSS fue declarada por Pekín «enemigo principal», y se encontró disparando contra los chinos en las islas de la

frontera del río Amur en 1968 y 1969. Estados Unidos aprovechó enseguida la situación (primera visita de Nixon a Pekín, en 1972) y logró anular las implicaciones globales de la paridad estratégica alcanzada con tanto esfuerzo por la URSS en la década de los setenta. Desde entonces, la URSS tuvo en oriente un «segundo frente». Para Estados Unidos, el éxito militar de la jugada fue completo: si en 1967 la URSS tenía 15 divisiones desplegadas junto a la frontera china, en 1972 tenía 44, trece más que en Europa oriental.

Todo esto no impidió sino que al contrario propició cambios de la máxima importancia en las relaciones comerciales de la URSS con occidente. El de Stalin había sido un proceso de industrialización autárquico en el que el comercio exterior era concebido como un mero recurso para obtener determinadas importaciones vitales para la industrialización y las exportaciones como el medio para pagarlas. Gracias a la autarquía, la URSS había vivido una vida aparte durante la gran crisis del 29 en la que sus problemas de sistema quedaban fuera de la economía mundial. En los setenta los problemas «de sistema» de la URSS se derivaban del hecho de que su desarrollo económico extensivo se había convertido en un caballo desbocado al que había que alimentar para que continuara su anárquico galope y que tenía que seguir su marcha porque había que continuar alimentándolo. En la fase anterior el crecimiento extensivo desenfrenado había sido justificado por las urgencias de la época. Después de todo, la terrible industrialización forzada había detenido al ejército de Hitler en Stalingrado, Moscú y Kursk. Pero en la fase actual había perdido su racionalidad y se había convertido en un vicio inercial que alimentaba las enfermedades burocráticas del sistema.

En este contexto, los geólogos soviéticos descubrieron a partir de 1965 los fabulosos yacimientos de petróleo y gas natural de Siberia occidental y duplicaron la producción de crudo cada década. La exportación masiva de crudo combinada con una favorable coyuntura de precios (los precios del petróleo se cuadruplicaron en el invierno 1973-1974) fue la droga que permitió no sólo mantener en pie al enfermo, sino hacer ver que su enfermedad no existía. Entre 1971 y 1976, el comercio entre la URSS y occidente, propiciado en Estados Unidos por la política de Kissinger y en Alemania por los socialdemócratas, creció un 500 por 100 (800 por 100 con Estados Unidos). La integración en la economía mundial, en cuyo marco menos del 10 por 100 de los productos de la URSS eran competitivos, permitió al país remendar su creciente inferioridad técnica importando maquinaria occidental por valor de 50.000 millones de dólares entre 1975 y 1981, sostener con un subsidio de 8.000 millones de dólares anuales a los aliados de Europa del este en la década de los setenta, e iniciar una escalada de compras de grano que resolvía los déficits internos del sector agrario: 15 millones de toneladas en el periodo 1965-1970, 69 millones en 1970-1975; 119 millones en 1975-1980, y 170 millones en 1981-1985.

El conjunto de todos estos agujeros tapados permitía la estabilidad de la nomenclatura, pero erosionaba la autosuficiencia que había sido uno de los pilares del poder mundial de la URSS. Enfrentada ante los mismos cambios de la crisis del petróleo, la administración estadounidense reaccionó con una estrategia completamente diferente. Hasta los setenta, Estados Unidos gravaba las importaciones de petróleo y consumía sobre todo su crudo, pero a partir de 1971 se comenzó a gravar la extracción del petróleo nacional y a potenciar la importación. En 1976, esta estrategia se amplió al gas natural y, de ser autosuficiente en energía en un 90 por 100, Estados Unidos pasó en los setenta a importar el 50 por 100 de sus necesidades. La crisis se agravaba en la URSS a medio plazo, mientras que en Estados Unidos y occidente se integraba en un amplio proceso de reconversión.

LA CRISIS SOCIAL DEL BREZHNEVISMO

A partir de los años setenta la relativa normalización de la vida —la creciente desmovilización y desideologización de la sociedad, el menor estrés que el aumento del nivel de vida llevaba consigo, el incremento del consumo y del individualismo— tuvo como paradójica consecuencia la aparición de nuevas y graves anomalías. El chiste de «los siete milagros del socialismo» definía el misterio de la vida de aquellos años: «No hay paro, pero nadie trabaja. Nadie trabaja, pero los planes se cumplen. Los planes se cumplen, pero en las tiendas no hay nada. En las tiendas no hay nada, pero las despensas de la gente están llenas. Las despensas están llenas, pero todos están descontentos. Todos están descontentos, pero votan a favor». En teoría se vivía en el reino de la «planificación centralizada», estrictamente jerarquizada de arriba abajo, en el que el nivel superior elaboraba las cifras de producción para 25 millones de mercancías —desde cepillos de dientes y cochecitos de niño, hasta submarinos nucleares— que más de 100.000 empresas cumplían sin rechistar. Era la economía de «comando administrativo». La realidad era mucho más compleja y anárquica.

Ni siquiera en los tiempos de Stalin, con la máxima coherción y brutalidad, la economía había funcionado como un reloj, y ahora que la coherción había prácticamente desaparecido lo que se vivía era un gran relajamiento, una creciente irresponsabilidad y una situación de mercado sin normas tanto a nivel de planificación real como de economía popular.

La planificación había dejado de ser en gran medida una orden que venía de arriba para convertirse en un proceso de negociaciones y acuerdos basado en el consenso y que partía de las empresas, que siempre exigían un mínimo de compromisos productivos hacia el plan y un máximo de asignación de recursos por parte de éste. Las negociaciones implicaban a muchas y diferen-

tes jerarquías, y la función de intermediario para alcanzar los acuerdos la desempeñaba la jerarquía del partido, una institución flexible y adaptativa. Este extraño sistema de «mercado administrativo» de estructura vertical se complementaba con una intensa línea de componendas e intercambios horizontales, tanto entre empresas como entre individuos. El comercio horizontal se practicaba legal e ilegalmente y afectaba a todo. No sólo incluía mercancías y servicios, como en occidente, sino también todo lo que tuviera algún valor: posiciones sociales, títulos académicos, permisos, poderes, posibilidad de violar leyes, etc. La frontera entre lo legal y lo ilegal era confusa, muchas leyes «sólo tenían sentido si eran violadas» en ese «espacio carente de reglas en el que el espíritu de la ventaja inmediata prevalecía sobre cualquier otra consideración».

El sistema informal de relaciones de mercado sostenía, detrás de la fachada, la economía del país, solucionaba parcialmente sus déficits y tomaba el relevo al estado. Era un factor de democratización en el sentido de que nivelaba estatus sociales, liquidaba jerarquías y creaba un «derecho consuetudinario» en el sentido común que ampliaba los espacios autónomos. Por otro lado, era un proceso nefasto y corrosivo que erosionaba el prestigio del estado y del partido —sin que existieran instituciones alternativas ni capacidad de crearlas en la sociedad—, y educaba a la población en el ejercicio de permanentes prácticas «de contrato» sin ley que en el siguiente escalón de degradación podían ser resueltas por la mera fuerza y degenerar en una situación en la que la arbitrariedad del estado podía ser sustituida por la arbitrariedad del más fuerte.

El antiguo código moral colectivista que, tutelado por el estado estalinista y postestalinista, se había mantenido vivo hasta los años sesenta, fue sustituido a partir de los setenta por los rasgos de una moral facinerosa e individualista. En las repúblicas más tradicionales del país, en el Cáucaso del norte, Transcaucasia y Asia central, la disolución del estado —que automáticamente incrementaba la autonomía de las repúblicas nacionales— era compensada por el regreso a relaciones tradicionales de tipo patriarcal y a la moral del parentesco y del clan, que nunca habían desaparecido del todo y que en esta época experimentaron un auge tan espectacular como secreto. Según una estimación, entre el 30 por 100 y el 40 por 100 de los ingresos personales en la URSS de los años setenta procedía del oficialmente inexistente sector privado, que a principios de los ochenta comprendía; el 50 por 100 de las reparaciones de calzado, el 45 por 100 de las reparaciones domésticas y el 40 por 100 de las reparaciones de automóviles.

En este medio de la economía sumergida y del estraperlo de los empleados y directores del comercio, surgió en esta época una proclase «empresarial» cuyos patrimonios acumulados superaban en los años ochenta a los de la mayor parte de la nomenclatura política. Pronto aparecieron los primeros ca-

sos de contactos y alianzas entre el funcionariado y ese protoempresariado, sumergido pero deseoso de legalizar sus capitales. En 1981 se destapó, por ejemplo, el llamado «escándalo del caviar». Una red clandestina que venía de mucho antes exportaba caviar al extranjero en latas etiquetadas como «arenque», embolsándose la diferencia. En la estructura resultaron estar implicados, entre otros, el ministro y viceministro de Pesca de la URSS, el secretario del comité regional del partido de Krasnodar, el presidente del soviet urbano de la ciudad de Sochi, e incluso uno de los vicepresidentes del KGB, que se suicidó en relación con el caso. A cambio de mordidas, muchas autoridades locales y responsables del partido consentían en los años setenta y ochenta las actividades de los negocios clandestinos. Ese vínculo tuvo una importancia considerable en repúblicas como Uzbequistán y Turkmenistán, en Transcaucasia y en regiones meridionales de Rusia como Rostov y Krasnodar, y puede ser visto como un ingenuo anticipo y ensayo de muchas de las relaciones y alianzas que la economía de los años noventa consagró en el país.

Dentro del proceso general de erosión del estado y desideologización que avanzaba secretamente, los intelectuales y funcionarios vinculados a la cultura y la creación artística resultaban particularmente afectados. Por un lado se trataba del sector social y profesional de mayor formación que con mayor claridad intuía o percibía lo que estaba ocurriendo. Por otro, era el sector más comprometido con la ideología oficial, con la que convivía diariamente, la consumía, cuando no la creaba y la transmitía. La ideología oficial no reconocía la existencia de los procesos en marcha en la vida social y en la economía sino que vivía en gran medida en un mundo aparte. Por eso este sector vivía particularmente inmerso en el medio ambiente de falsedad, enajenación y absurdo burocrático que la relativa normalización de la vida material y el desprestigio y la retirada del estado hacían más evidentes.

El mundo de las ciencias sociales y humanitarias, de la literatura, el arte y el cine se convirtió pronto en escenario de tensiones y pulsos, tanto subterráneos, como declarados y hasta escandalosos. El medio de los dos primeros era el propio partido, afectando a la infantería de sus cuadros intelectuales, y las organizaciones profesionales de escritores y artistas. El medio del conflicto abierto y sin tapujos era el naciente y minoritario —pero ideológicamente influyente en esos sectores sociales y profesionales— mundo de los disidentes con su edición ilegal, sus publicaciones en el extranjero (temerosa y vagamente designado como «allá») y su desafío global al sistema. Los tres escenarios no eran compartimentos estancos, sino que estaban intercomunicados. Desde finales de los sesenta el régimen practicó el restablecimiento del «prestigio» de Stalin. Si a principios de la década se hablaba de las «represiones estalinistas», en su final se hablaba de las «violaciones de la legali-

dad», lo cual no impedía la reivindicación del «gran caudillo militar» de la segunda guerra mundial. Esta tendencia hacia la rehabilitación de Stalin y en general la cerrazón ideológica del régimen violentaba una señal de identidad de la generación de *intelligenty* que se había emancipado intelectualmente entre las esperanzas y denuncias oficiales de la época de Jrushov, los «sesentistas».

En la oposición a la restauración ideológica la distancia entre quienes estaban dentro del sistema y los que ya estaban fuera, los disidentes, no era tan grande. Muchas veces, expulsiones del partido o reacciones a impedimentos profesionales resolvían ese cruce del Rubicón. Vetado en las publicaciones oficiales, el escritor Aleksandr Solzhenitsyn daba el paso y proponía al cuarto congreso de la Unión de Escritores (mayo de 1967) la «abolición de toda censura» sin la menor posibilidad de éxito. La expulsión de Solzhenitsyn de la Unión de Escritores dos años después convertía al escritor en «disidente», es decir, en un paria sin nada ya que perder en su relación con el régimen. Ruptura total. En los setenta la disidencia se hizo menos clandestina y amplió su círculo. Sólo en 1971 se confiscaron en Ucrania «más de 30.000 publicaciones extranjeras de contenido antisoviético, más de 1.300 documentos, cerca de 2.000 de la organización ilegal Narodno Trudovoi Soyuz (NTS), 3.500 sionistas y 52 revisionistas, los guardafronteras interceptaron más de 160.000 documentos de análogo contenido y la policía contabilizó 100 casos de divulgación de octavillas hostiles». Los escritores Andrei Siniavski y Yuri Daniel fueron detenidos en 1965 después de varios años de ir enviando al extranjero escritos «antisoviéticos» en condiciones de una estricta clandestinidad y amparados por un provocativo seudónimo judío, revelador del desparpajo de su desafío. Su detención dio lugar a una pequeña manifestación de protesta de un centenar de personas en pleno centro de Moscú y su condena, un año después, a una carta de protesta que se atrevieron a firmar 200 escritores, entre ellos algunos muy conocidos.

Pero aunque su impacto en el conjunto del ambiente crítico era considerable, la actitud disidente era muy minoritaria y excepcional. La protesta y súplica desde dentro del sistema era más corriente. «En la villa de los astronautas, en las residencias estudiantiles y en cualquier poblado obrero de la Unión Soviética se escuchan mis canciones, quiero poner mi talento al servicio de la propaganda de las ideas de nuestra sociedad», rezaba la carta del popular bardo Vladimir Vysotski al secretariado del comité central para que se levantaran los vetos administrativos a sus actuaciones y grabaciones.

Pero lo verdaderamente característico de la época y lo que imprimía su sello a los tiempos no era ni el desafío desde fuera ni la protesta desde dentro, sino la disconformidad secreta de estos intelectuales, que eran Doctor Jekyll en su actividad pública y Mister Hyde en la intimidad de sus conciencias. La convivencia con la contradicción de su pensamiento «verdadero» y la

servidumbre hacia lo que había que pensar y decir contenía toda una patología que sedimentaba en una ambigua duplicidad.

El hombre corriente de la calle, sin compromisos sociales ni ambiciones carreristas, podía cumplir con los ritos del mundo oficial y mandarlos a paseo acto seguido, mientras vivía su privacidad independiente, pero para todos aquellos «cuadros intelectuales» del funcionariado tomarse en serio una ideología en la que no creían era oficio, deber y condición para el ascenso. Gente como el publicista de *Izvestia* Aleksandr Bovin, el experto en cuestiones internacionales Anatoli Cherniayev y Aleksandr Yakovlev, luego figuras relevantes de la *perestroika*, figuraban entre quienes escribían los discursos de Brezhnev. En el brezhnevismo tardío, el descrédito de la ideología oficial ya era muy grande entre la elite. «El primer acto necesario para la carrera —el ingreso en el partido— ya era un acto de mentira (y si no era mentira, era una muestra de estupidez), y todos los actos que seguían a ese en el proceso de selección hacia arriba apartaban sistemáticamente a los demasiado honestos o demasiado inteligentes.» Toda la situación empujaba hacia un tipo de podredumbre moral y sicología facinerosa muy parecido al que había acompañado el ascenso de la propia generación dirigente de *vydvizhentsy* en los años treinta.

Otra consecuencia, de extraordinaria importancia para el desenlace de los años ochenta y noventa y para la comprensión del papel que desempeñaría la publicística y los medios de comunicación en la vida política, era la atmósfera de alérgico rechazo al estado y a todo lo que tuviera que ver con el mundo oficial en las mentalidades. La conciencia de la podredumbre del ascenso convirtió subterráneamente en mítico héroe hasta al borrachín Vénechka, el protagonista del relato autobiográfico *Moscú-Petushki* que Venedikt Eroféiev escribió en 1968 y que tuvo que circular veinte años en *samizdat* hasta que su edición legal lo consagró como un *best-seller*. Recién degradado laboralmente por su vagancia, Vénechka formula en un vulgar pero sincero monólogo etílico su apasionada reivindicación de la autenticidad: «Me quedo abajo y desde aquí abajo me cago en vuestra escala social. Una cagada en cada peldaño de la escala. Para ascender por ella hay que ser un jeta judío sin miedo ni tacha, una maricona forjada en puro acero desde la cabeza hasta los pies. Pero yo no soy así».

El olor que desprendía el mundo oficial provocaba un «anarquismo secreto» en las conciencias, el mismo que los disidentes formulaban en voz alta pero sin el coraje que su desafío público implicaba. Algunos se desahogaban enviando anónimos insultantes a las autoridades (más de mil casos registrados en Ucrania en 1971, incluidos envíos de granadas a los dirigentes), otros elaboraban complicados y arriesgados planes de huida del país, lanzándose a las aguas del Báltico e incluso de los Mares del Sur, como en el caso del oceanógrafo Slava Kurilov, sin duda uno de los más espectaculares.

Kurilov, de treinta y nueve años de edad, saltó una noche de 1975 de un transatlántico soviético, equipado con aletas, gafas y un bañador, nadó durante tres días y tres noches orientándose en las estrellas hasta llegar a una playa de la isla filipina de Siargao. El barco del que saltó había zarpado de Vladivostok para un «cruceiro sin escalas» por los Mares del Sur. Su pasaje estaba compuesto por individuos de ambos sexos cuyo ocio y relaciones alcohólico-sexuales eran convenientemente organizados por «animadores» encargados de controlarles, un escenario muy de la época. Mientras sus compañeros bailaban, Kurilov, tras largos ejercicios de yoga y concentración mental se puso una noche las gafas y se tiró. La suya fue la manera más heroica de ganarse una emigración a Estados Unidos, con un paréntesis de seis meses de cárcel en Filipinas.

Pero el hombre corriente no está hecho para tales gestos heroicos y extremos. Incluso si compartía el complejo de desagrado por vivir en lo que en la jerga juvenil se llamó *Sovok*,¹ tales gestos eran necesariamente minoritarios dentro de la minoría social que tenía un cuadro crítico confeccionado sobre su entorno. El «anarquismo secreto», a la vez radical, privado, humanamente cobarde y muchas veces alcoholizado, era bagaje de la conciencia liberal durante el brezhnevismo tardío. Teniendo en cuenta la debilidad de la sociedad civil, la ausencia de estructuras y recursos autónomos, era muy difícil que, por sí solo, ese bagaje pudiera desembocar en algo socialmente consistente. Únicamente su posterior alianza con sectores de la propia nomenclatura, primero marginales y más tarde muy relevantes, así como con los sectores comerciales de la economía horizontal y sumergida, desembocaría en algo articulado.

Hacia los años ochenta, la riqueza de los «comerciantes», administradores de la distribución de bienes escasos alimentarios o de consumo, había aumentado sensiblemente. Ya había «millonarios secretos» en Rusia, explícitos en Transcaucasia, que no ocultaban su patrimonio, y hasta caciques rurales en Asia central. El ejército de funcionarios había pasado de 1,2 millones en 1960 a 2,6 millones en 1987. El número de ministerios de 37 en 1955 a 80 en 1977 y más de un centenar en 1987. Las funciones de la nomenclatura no eran heredables, pero, cada vez con mayor frecuencia, «la vía más cómoda de acceso a la nomenclatura» era «proceder de una familia nomenclaturista». El hijo de Stalin, Vasili, había sido nombrado teniente general y jefe de la aviación en el distrito militar de Moscú con menos de treinta años, el yerno de Jrushov había dirigido *Izvestia* y fue miembro del comité central, el sobrino de Viacheslav Molotov, Níkonov, ocupaba un alto cargo en la re-

1. Literalmente «la pala», instrumentalmente vinculada a la acción de recoger la basura. Literariamente un «país de mierda». El término se acuñó por su parecido fonético con el nombre de la URSS, «Sovietski Soyuz», de forma que el país se relacionaba con el basurero.

vista *Kommunist*. En el brezhnevismo tardío el fenómeno creció. El hecho de que la elite enviase a sus hijos preferentemente a cargos diplomáticos fuera del país o a puestos relacionados con el mundo exterior ya avisaba, de por sí, cuál era su ideal de futuro y dónde veía la prosperidad y el progreso. Yuri, el hijo de Brezhnev, era encargado de negocios en Suecia; Anatoli, el hijo de Gromyko, era consejero en Inglaterra y luego embajador en Alemania del este; el hijo de Andropov sería embajador en Grecia. El mismo cuadro se repetía en los siguientes escalafones del funcionariado. Los destinos se adjudicaban por influencias, en ocasiones en flagrante contradicción con las especialidades. El hijo del jefe de departamento del comité central, Rajmanin, era sinólogo pero trabajaba en la embajada de Washington. Rajmanin padre presionó para enviar a Washington, donde el nivel de vida y los sueldos eran más altos, también a su yerno, Andrei Efimov, otro orientalista. Una vez asentado en un buen destino, la perspectiva de un traslado o de un regreso al país fue determinante en la desertión a occidente de no pocos diplomáticos soviéticos que denunciaban el «Gulag soviético» en ruedas de prensa norteamericanas o británicas organizadas por la CIA o el MI-5. Se observaba «una huida general de la patria, de sus preocupaciones y problemas».

La crisis moral de la sociedad, con su doble vida, su miseria psicológica y su abultada agenda sexual compensatoria, alcanzaba al propio entorno del líder supremo, con un hijo alcoholizado y una hija de vida alegre repleta de escándalos. El propio Brezhnev se hizo una cierta fama de ardiente amante entre las camareras de la residencia de caza de Zavidovo, donde acudía regularmente a matar osos conduciendo los coches de lujo occidentales que eran su pasión. En su aspiración de grupo, tomaba cuerpo el sueño de institucionalizar y repartirse las propiedades de las que eran usufructuarios. La propiedad no era «colectiva» ni «social», sino «estatal», y ellos eran los dueños del estado. La distancia del salto hacia la plena privatización de los años noventa no era tan grande como podía pensarse, aunque se interponían toda una serie de obstáculos: los decorados de la ideología oficial, el control interno de la propia burocracia, el carácter temporal de la «propiedad administrativa» de los patrimonios, que en su mayoría desaparecía al cesar en el cargo su titular, la imposibilidad de heredarlos legalmente y la no «convertibilidad social» de la nomenclatura, como protoclase, con la elite internacional. Pasando por encima de todo eso, un chiste de la época describía así la esencia de la situación: Brezhnev invitaba a su anciana madre que apenas había salido de su provinciana ciudad de Ucrania, le enseñaba orgulloso su apartamento de doscientos metros cuadrados en el centro de Moscú, su dacha de las afueras, su garaje con el Rolls Royce y el Cadillac (regalo de Nixon), su pabellón de caza en Zavidovo y la dacha de Crimea, la anciana le preguntaba alarmada, «pero hijo, ¿qué pasará si de repente toman el poder los comunistas?».

Sin tener en cuenta todo este ambiente, esas mentalidades y esos intereses, no se entiende gran parte del comportamiento de los intelectuales y de la elite del partido a partir del momento en que, en 1985, la crisis estructural de fin de siglo fue reconocida oficialmente por el régimen. Para eso en 1975 faltaban diez años. Diez largos y fatales años.

LA REFORMA POSTERGADA

Según un historiador del desmoronamiento británico como gran potencia, el poder de un país no consiste únicamente en sus fuerzas armadas sino también: «1) en sus recursos económicos y tecnológicos, 2) en la destreza, la previsión y resolución con que se dirige su política exterior, 3) en la eficacia de su organización social y política ... 4) en la propia nación, en el pueblo, en su habilidad, energía, ambición, disciplina e iniciativa, 5) en sus creencias, mitos e ilusiones, 6) en la manera en que todos esos factores se relacionan entre sí». La suma que arroje todo eso, dice el historiador, debe ser comparada, «con el poder de otros estados». Pues bien, en todos esos parámetros, incluido el militar, en el que la URSS y occidente coincidían en su interés por sobrevalorar cualitativa y cuantitativamente, la URSS de 1975 ofrecía números rojos. Se sospechaba que todo el crecimiento a partir de ese año era ficticio, obtenido a base de jugar con cifras y porcentajes, y el propio análisis de los datos oficiales mostraba una caída. Dos grandes ríos, uno de vodka, responsable del 10 por 100 del ingreso presupuestario, y otro de petróleo y gas hacia el exterior, mantenían los equilibrios comerciales y presupuestarios.

Gracias al ambiente instaurado en el KGB a partir de que, en 1967, Yuri Andropov fuera nombrado su presidente, los departamentos analíticos de ese organismo iban cobrando conciencia de la gravedad de la situación. En ellos reinaba «un ambiente de libertad profesional y de pensamiento para la elaboración de propuestas». A nivel de expertos y analistas se concluyó que, «si la dirección del país pensaba mantener la apuesta geoestratégica adoptada en la posguerra, era inevitable una profunda transformación económico-social». En mayo de 1975, un académico, Nikolai Fedorenko, director del Instituto económico-matemático de la Academia de Ciencias, intervino ante los analistas del KGB con un informe sobre la situación en el país en el que se decía lo siguiente:

Distintivo de una economía sana es la prevalencia de su crecimiento a cargo del progreso científico-técnico.² Si dos terceras partes del crecimiento de la pro-

2. Sinónimo ruso de «revolución informática», «tecnologías de punta», o «sociedad post-industrial», según el contexto.

ducción anual obedecen a eso y un tercio a cuenta del desarrollo extensivo, no hay que preocuparse por el futuro del país. En nuestro caso, estas cifras están precisamente invertidas. Hemos superado a Estados Unidos en cuanto a volumen de inversiones de capital pero la producción apenas alcanza el 60 por 100 de su nivel. Nuestra superficie agraria es 1,8 veces mayor que en Estados Unidos pero hay una escasez constante de grano que crece en preocupantes proporciones. Superamos a Estados Unidos en producción de acero, cemento y carbón pero sufrimos una aguda escasez de todo ello. En Estados Unidos ni siquiera existe el concepto «tiempo dedicado a la correcta utilización de nuevas máquinas»: las fábricas inician inmediatamente su producción a pleno rendimiento en cuanto han sido construidas, mientras que aquí eso lleva cuatro o cinco años. En la URSS el trabajo manual representa el 60 por 100 en la industria, el 80 por 100 en la agricultura, el 70 por 100 en el comercio, el 60 por 100 en la construcción y el 50 por 100 en el transporte. ¿Donde conseguir mano de obra si la natalidad desciende año tras año?

En el departamento analítico del KGB se opinaba que «con recursos no renovables, especialmente energéticos, (la exportación) era contraproducente y ponía en peligro el futuro económico del país» y que esa, «vía fácil e instantánea de recibir divisas a costa de las generaciones futuras, debilita la búsqueda de otras fuentes de saneamiento de nuestro comercio exterior». Estados Unidos, se constataba, «mantiene cada tonelada de sus recursos naturales y prefiere importar crudo del exterior».

Toda esta información también se elaboraba en los institutos de la Academia de Ciencias. En 1972, por ejemplo, el sociólogo y urbanista ecologista Oleg Yanitski ya había vinculado «el progreso de la revolución científico-técnica y de la urbanización» con «el principio de una actividad autónoma de la persona y de los contactos entre individuos», relacionando la crisis con la necesidad de reformas políticas. Pero la información no llegaba a los dirigentes de quienes dependían las decisiones y que, en cualquier caso, ni tenían interés en conocerla, ni capacidad (intelectual y física) para interpretarla. En los institutos, los trabajos más brillantes raras veces sobrepasaban la barrera de la censura, y la falta de tipografías, de papel o de fotocopadoras impedía «técnicamente» su divulgación. La información que el KGB enviaba a los dirigentes (300-400 páginas diarias, sólo en el ámbito de la política exterior) no era digerida, ni siquiera leída. La información del KGB se tomaba siempre con reservas pues el recuerdo de los tiempos en que la policía de estado decidía su vida y su muerte estaba bien fijado en la mentalidad de toda la generación. Además, esa información, en ocasiones excelente, se mezclaba con los abultados *zapiski* (informes) de los departamentos del comité central «sobre las repercusiones del XXV congreso del PCUS en el movimiento comunista internacional y en el movimiento obrero» o temas similares, que eran puros ejercicios doctrinarios y tributos a los decorados de la ideología oficial.

Actuaba también un límite físico. Los dirigentes del politburó se hacían mayores. Brezhnev había sufrido su primer infarto en 1975 y quedó incapacitado para gobernar. Su secretariado pedía al KGB que enviara sus informes en un tipo de letra más grande, por lo que todo se le enviaba escrito en mayúsculas. Todos los miembros del máximo comité ejecutivo del país se iban de sus despachos a las cinco de la tarde. Con la excusa de «trabajar en documentos», los viernes no pasaban por el despacho y se iban directamente a sus dachas a ampliar el fin de semana. La composición personal del politburó, «expresaba la degradación del estado». No había representantes de la economía, de la agricultura, de la industria, sólo el primer ministro pertenecía al politburó mecánicamente. Tampoco había debate, sino una gestión rutinaria que solucionaba los problemas irresolubles con resoluciones del tipo de «encargar al Ministerio de Finanzas encontrar los medios necesarios para...». En la práctica, eso quería decir «que tales medios no existían pero que alguien deseaba que sí existieran, y que se encontrarían violentando la economía y el sentido común». El intercambio de información entre el KGB y los institutos de la Academia de Ciencias o el Ministerio de Exteriores también estaba enturbiado por la desconfianza y el miedo que inspiraba la policía. Ese mismo desagrado explica que en diez años, de 1973 a 1983, sólo un miembro del politburó (Ustinov) visitara la sede central del KGB en una ocasión.

Pero por si los avisos y señales de alarma desde dentro del sistema, sus instituciones y organismos no fueran suficientes, también los disidentes llamaron a la responsabilidad a los dirigentes. Lo hicieron en marzo de 1970, con un documento excepcional que casi prefiguraba lo que cerca de veinte años más tarde sería el programa de la *perestroika* de Mijail Gorbachov. El documento, en forma de carta abierta a Brezhnev, Kosygin y Podgorni, venía firmado por Andrei Sajarov, Valentin Turchin y Roi Medvedev, estaba redactado en tono respetuoso y pensado con la perspectiva de una autorregeneración no traumática y evolutiva del régimen. En él se pedía una «democratización» que fuera «aceptable» para la nomenclatura y que a la vez respondiera a las exigencias del desarrollo social y económico del país. La necesidad de democratización, decía la carta: «...parte de la estrecha relación existente entre los problemas del progreso técnico-económico y los métodos científicos de dirección, y las cuestiones de libertad de información, transparencia y competitividad». La democracia, continuaba, «debe hacer posible el mantenimiento y fortalecimiento del modelo socialista soviético, la estructura socialista de la economía, los logros sociales y culturales y de la ideología socialista ... mantener y consolidar el papel dirigente del partido en la vida económica, cultural y política de la sociedad», y debe introducirse de forma «gradual». A continuación los autores formulaban toda una serie de propuestas, entre otras, la creación de un instituto de investigaciones de la opinión pública, amnistía política, anulación del apartado «nacionalidad» en

el documento de identidad, la adopción de una ley de prensa e información, la paulatina introducción de varios candidatos para un puesto en las elecciones para cargos del partido y de los soviets, ampliación de las competencias de los soviets y en especial del soviet supremo, y el restablecimiento de los derechos de las nacionalidades deportadas durante el estalinismo.

Todas estas alarmas, recomendaciones y propuestas no sólo no fueron atendidas ni examinadas por los relajados y ancianos dirigentes, sino que fueron acompañadas por todo un rosario de torpes decisiones en el ámbito de la política exterior que acompañaron toda la década de los setenta y fueron la contribución soviética a lo que más tarde se conocería como «segunda guerra fría». Sus ingredientes fueron las depresivas consecuencias que la derrota de Vietnam (1975), con su aislamiento internacional y su crisis interna, tuvo para Estados Unidos, y toda una serie de descolonizaciones —mayoritariamente de territorios portugueses en África—, revoluciones y golpes de estado que situaron a 14 nuevos países en una actitud hostil al orden imperial de Washington. La coyuntura dio algunas nuevas bases navales (bastante inestables) a la URSS e incentivó a su complejo industrial-militar con más suministros de armas y gastos que no respondían a ninguna estrategia planificada, pero su interpretación como «avance mundial del comunismo» por parte de los ideólogos norteamericanos permitiría superar con un nivel mayor de armamentismo y agresividad conceptual los complejos del «síndrome de Vietnam», lo que desembocó en una nueva escalada armamentista estratégica por ambos bandos.

Moscú no podía alimentar económicamente su prestigio en los nuevos países simpatizantes. Carente de concepciones más allá de un orgulloso reflejo de *derzhavnost*, de identidad de gran potencia, suministraba armas y enviaba consejeros militares, lo que, a su vez, era un incentivo de guerras locales en el tercer mundo y de rearme en el teatro central. De parte soviética las decisiones que más claramente contribuyeron a la situación fueron el despliegue de 600 nuevos misiles nucleares SS-20 (con tres cabezas y más exactos que sus predecesores) en Europa oriental (1977), y la intervención militar en Afganistán (diciembre de 1979). La suma de ambas decisiones fortalecía el frente común contra la URSS de tres diferentes adversarios: Estados Unidos, Europa occidental y China, y permitía a sus ideólogos sostener con datos sus fantasías sobre el «expansionismo soviético». En esa época el consejero de Seguridad Nacional de Carter, Zbigniew Brzezinski, afirmaba que la URSS estaba llevando a cabo una «ofensiva estratégica en dos direcciones: una hacia el golfo Pérsico desde Afganistán³ y otra a través de Cam-

3. La teoría tuvo una gran popularidad en la prensa norteamericana y europea. En España algunos publicistas la repetían incluso en vísperas de la retirada soviética de Afganistán, en 1988.

boya hacia los estrechos de Malaca». Más adelante nos ocuparemos del papel de la URSS en el mundo, pero en este capítulo sólo nos interesa el papel del mundo en la sobrecarga de un país abandonado a la merced de la crisis por el ciego y suicida inmovilismo de sus dirigentes. La «segunda guerra fría» fue una sobrecarga importante que doctrinariamente combinaba la tesis del «expansionismo soviético» con la ideología de los «derechos humanos».

Firmando el acta final de la conferencia de Helsinki sobre seguridad y cooperación europea con su capítulo sobre derechos humanos en Europa, los dirigentes rusos creían haber fortalecido el reconocimiento internacional de las fronteras de Yalta y obtenido algunas ventajas comerciales. Pensaban que la firma de los compromisos sobre derechos humanos era algo puramente declarativo y ritual que no había por qué aplicar. En realidad se habían metido en un lío que no sospechaban. La URSS de Brezhnev era un régimen despótico que violaba derechos humanos esenciales y maltrataba duramente a sus opositores. Sobre esa realidad, la propaganda occidental desarrolló una efectiva e intensa campaña, precisamente en la época en la que se acababan de arrojar en tres años sobre Vietnam más explosivos que todos los de la segunda guerra mundial juntos y se estaba en vísperas de la matanza de 200.000 personas en América Central (1 por 100 de la población de los siete países de la región), a cargo de los regímenes patrocinados por Estados Unidos, con sus disidentes mutilados o desaparecidos como práctica corriente. El proceso de Helsinki, que ayudó y estimuló a la sufrida sociedad civil de Europa del este como la crítica de Vietnam había contribuido a los derechos civiles en Estados Unidos, fue, en términos de propaganda, una derrota ideológica para la URSS.

Por otro lado, las medidas de cooperación económica aprobadas en Helsinki dinamizaron el comercio este/oeste e incrementaron la integración dependiente del bloque soviético en la economía mundial. En los setenta, a occidente se dirigía el 50 por 100 de las exportaciones totales de Rumanía y Bulgaria y dos terceras partes de las de Hungría, Checoslovaquia y Alemania del este. A partir de mediados de los setenta, los créditos occidentales inflaron la deuda externa del bloque, siendo la URSS y Polonia los más endeudados. La narcosis petrolera y la amplitud de sus recursos naturales disminuían la relevancia del problema para la URSS, pero en el caso polaco la situación era muy seria y los intentos de solventarla implicaban bruscas reducciones de importaciones, recortes del consumo y aumentos de precios, lo que, a su vez, caldeaba la situación social en el país tradicionalmente más hostil al dominio ruso y sin duda el más maltratado por él a lo largo de la historia.

En Moscú, cualquier raro intento de abordar críticamente las relaciones económicas con los aliados del este era cortado de raíz. En 1978 un corresponsal de la Agencia TASS en Alemania del este envió un despacho en el que se explicaba que gran parte del crudo que la URSS vendía a la Repúbli-

ca Democrática Alemana, al 50 por 100 de su precio en el mercado mundial, era convertido por el aliado en gasolina y derivados y reexportado a la RFA a precios de mercado. El despacho le costó el puesto al corresponsal. A un nivel más alto, las instrucciones (más bien la ausencia de ellas) que recibía en la década un embajador de la URSS en Washington de boca del líder del país reflejaban el *laissez faire* que era la otra cara de la misma somnolencia suicida: «Tolia, tú no necesitas instrucciones, sabes mejor que yo cómo tratar con los americanos. Que haya paz, eso es lo principal».

En 1978, un año después de los euromisiles y uno antes de entrar en Afganistán, Brezhnev era un inválido senil. Tenía problemas para hablar y no entendía las cosas. Recién nombrado secretario del comité central para la agricultura, el dinámico Mijail Gorbachov le expuso brevemente sus planes de cambio en el sector. «Sentí que era inútil, no reaccionaba ni a mis palabras ni a mi presencia, en aquel momento me pareció que le era absolutamente indiferente. Lo único que me dijo fue: “qué pena Kulakov (el antecesor de Gorbachov en el cargo, recién fallecido) era tan buena persona....”».

EN VÍSPERAS DE LA PERESTROIKA

Tras gobernar dieciocho años, un poco menos tiempo que Stalin y más que Lenin y Jrushov juntos, Brezhnev murió en noviembre de 1982. Mucho se ha escrito sobre la «preperestroika» de Yuri Andropov, y en Rusia frecuentemente desde la sensación de que sus postulados fueron la gran ocasión perdida. Pero ¿cuáles eran esos postulados? Andropov, un hombre sin duda más instruido que conocía y se interesaba por la situación real del país desde su privilegiada y relativamente ordenada atalaya del KGB, no respondió a esa pregunta. En febrero de 1983, tres meses después de acceder a la secretaría general, ya empezó a conectarse a la máquina de diálisis que resolvía sus serios problemas de riñón. Justo un año después, moría. Pese a lo breve de su autoridad, Andropov desplegó una actividad considerable y una innegable voluntad de incidir en los problemas acumulados. En sus primeras seis semanas de gobierno lanzó tres importantes y razonables propuestas de desarme para impedir el despliegue de los euromisiles de la OTAN, para reducir un 25 por 100 el arsenal estratégico y sobre prohibición de pruebas nucleares. Esas y otras propuestas llegaron en plena campaña del rearme ideológico reaganiano: la época de «Rambo», el discurso sobre el «imperio del mal» y, sobre todo, del grandioso y fantástico proyecto de la «Iniciativa de defensa estratégica», el sistema de defensa antimisiles basado en tierra y en el espacio popularmente conocido como la «guerra de las galaxias», anunciado por Reagan en un discurso en marzo de 1983. El proyecto contradecía uno de los grandes acuerdos antiproliferación nuclear de la guerra fría, el tratado

antimisiles de 1972 conocido como «Abm» en occidente y como «Pro» en la URSS. El Abm ponía límites a la defensa antimisiles (los misiles encargados de interceptar un ataque) en el entendimiento de que, de lo contrario, se abriría la perspectiva de una espiral de proliferación, pues la manera de traspasar las barreras de la defensa del adversario era lanzarle más misiles de forma que algunos de ellos alcanzaran su blanco. Aunque hubo una respuesta firme de Andropov, el asunto asustó en Moscú. El proyecto suponía un despliegue de tecnología punta y gastos millonarios, cuando lo que exigía la agenda interna era rebajar el tono de la confrontación para poder transferir recursos de la defensa al sector civil. En este ambiente de nervios, un Boeing surcoreano desviado de su ruta por un error de navegación e internado en el espacio aéreo soviético sembró en septiembre el pánico en la defensa aérea soviética, que abatió el avión de pasajeros sobre el cielo de la isla de Sajalín. La trágica masacre, el silencio inicial de Moscú y las ambiguas explicaciones que se dieron, confirmaron la propaganda del «imperio del mal» y enrarecieron el ambiente internacional.

En el orden interno, la agenda de Andropov incluía medidas bastante primitivas para elevar la disciplina y más dureza en la lucha contra la corrupción, que encontraron un apoyo en la sociedad tan amplio como significativo. Andropov no era un liberal dispuesto a cambiar el sistema, sino un duro con proyectos para perfeccionarlo. La discusión de si hubiera podido ser un Deng Xiaoping a la rusa debe pasar por encima del hecho de que los chinos iniciaron sus reformas inmediatamente después de la muerte de Mao, mientras que la URSS se había dormido veinte años, pero como ejercicio teórico tiene sentido. De sus conversaciones confidenciales, se sabe que Andropov presentó como objetivos «permitir a la sociedad soviética la libertad de opinión, información, de diversidad social y artística que se permite en occidente» y que pensaba que todo ello era factible a quince o veinte años vista, «cuando se consiguiera elevar el nivel de vida».

En cualquier caso, Andropov acercó a los altos cargos, en Moscú o en el politburó, a una nueva generación de dirigentes jóvenes, enérgicos e impacientes por la demora; gente como Mijail Gorbachov, Yegor Ligachov, Aleksandr Yakovlev, Nikolai Rizhkov, y su ejército de ayudantes, expertos y asesores. Que Andropov fuera sucedido por el secretario de Brezhnev, Chernienko, el jefe del departamento administrativo del comité central (la burocracia dentro de la burocracia), «cuyo mayor talento era preparar reuniones y afilar los lápices», fue una prueba de la esclerosis del régimen y un nuevo reto a la paciencia de los jóvenes expectantes. Chernienko fue breve. Fue enterrado en marzo de 1985, trece meses después del entierro de Andropov. La llegada al poder de Gorbachov, de cincuenta y cinco años, no exenta de resistencias, significaba que la URSS recibía la segunda gran oportunidad histórica de reforma desde Jrushov.

La generación de Gorbachov venía marcada por la preocupación ante la situación del país, la impaciencia acumulada por todos los errores que había presenciado en impotente silencio, y el optimismo que llevaba implícito su experiencia personal. Desde la guerra que habían vivido como adolescentes, su vida había sido una continua ascensión hacia las mejoras, la reconstrucción y el aumento del nivel de vida. Carecían de una experiencia de lo que los rusos llaman *smuta*, un periodo de «turbulencias», de caos económico, desintegración social e intervencionismo extranjero como el que conoció la Rusia del siglo xvii o la Rusia soviética de los años veinte. No podían concebir que una reforma, en lugar de conducir al progreso y la mejora, les llevara a una *smuta*. Su situación contrastaba vivamente con la de los dirigentes chinos, el grupo dirigente más próximo a ellos por la similitud de la tarea que tenían que resolver: la transición desde un sistema estalinista, o postestalinista, hacia otro en consonancia con los retos de la «crisis estructural de fin de siglo».

Los chinos se habían puesto en la labor enseguida después de la muerte de su Stalin, acontecida en otoño de 1976. Deng y su entorno tenían muy presente la historia china del siglo xix. China había sido víctima del optimismo, bajo la forma de un enorme sentido de superioridad cultural y civilizatoria que le impidió practicar algo parecido a lo que los japoneses habían hecho con la reforma Meiji (1868) para abrir el camino a la modernización del país aprendiendo del extranjero sin meterlo en casa. Desde las guerras del opio, su país había vivido la humillación nacional y experiencias crónicas de desastres. La revuelta Taiping de 1851-1864, descrita por un historiador chino como «la mayor guerra civil de la historia mundial», fue seguida de otras seis *smutas* (los chinos tienen un término que designa la misma situación de «época turbulenta»: *Da luan*) en el siglo xx, a las que los dirigentes comunistas chinos asistieron: el periodo de los «señores de la guerra» (1911-1927), la guerra entre comunistas y nacionalistas esporádica a partir de 1928, la ocupación japonesa (1936-1945), más guerra civil, el desastre maoísta del «gran salto adelante» y el caos de la «revolución cultural». Entre la generación reformista rusa no había nada de todo esto.

Tampoco había experiencia de vida en las condiciones de un capitalismo primitivo, salvaje y dependiente. Para la generación de Gorbachov el capitalismo era fundamentalmente la luminosa vida occidental, el «mundo civilizado». Para los dirigentes chinos era una experiencia vivida de miserias, desigualdades, prostitución, trabajo infantil, humillación nacional y opio en la época republicana. Los desastres voluntaristas del maoísmo, a los que Deng y muchos otros se enfrentaron desde posiciones moderadas (como había hecho en la URSS Nikolai Bujarin, un adversario de la colectivización y de la industrialización forzadas, pero Bujarin no fue rehabilitado y dirigió luego el país como ocurrió con Deng, sino que fue fusilado), advertían además que

el caos y el desastre no tenían bandera y que eran consecuencia de errores de bulto e imprudencias independientemente de la ideología proclamada. Otra diferencia en favor de los chinos —que por lo demás tenían un país mucho más atrasado en el que la gran tarea era dar de comer y vestir a la población— era que se habían puesto a la labor sin demora reconociendo oficialmente, en la undécima sesión del comité central del partido comunista chino de diciembre de 1978, la necesidad de realizar reformas fundamentales.

Frente a esta mezcla de rapidez de reflejos, pragmatismo y prudencia de la dirección china, el grupo dirigente ruso aportaba: impaciencia, una gran ambición de objetivos —que contrastaba con la ausencia de planes concretos para resolverlos—, veinte años de retraso con respecto al momento de tomar las decisiones, y todo ello envuelto por un optimismo de fondo. Una combinación verdaderamente notable.

Sobre el papel, en 1984 la URSS producía, «un 80 por 100 más de acero, 78 por 100 más cemento, 42 por 100 más de petróleo, 55 por 100 más de fertilizantes, el doble de hierro forjado y seis veces más mineral de hierro que Estados Unidos. Las fábricas soviéticas producían cinco veces más tractores que sus homólogas americanas», pero para entonces, occidente ya estaba viviendo en un sistema económico completamente diferente, con los atributos de la nueva «pauta técnico-económica» y con otro «sentido común» sobre la nueva racionalidad, «un mundo postindustrial en el que los nuevos parámetros de progreso eran microchips más que mineral de hierro, plástico más que acero, y en el que la austeridad en el consumo de materias primas se había convertido en más importante y más provechosa que la producción de crudo». En los ochenta, la transformación experimentada en occidente convertía en ruptura estructural lo que en la década anterior era mero retraso técnico-económico. «El país», observaban dos reputados sociólogos rusos, «tiene una estructura socioprofesional adecuada a las necesidades de un sistema científico-industrial, pero dicha estructura está atrapada en un sistema de producción estancado en una fase técnica y tecnológica anterior».

Los esfuerzos, sufrimientos y éxitos de cincuenta años de historia soviética, habían quedado devaluados tecnológica, económica e ideológicamente. Era cuestión de tiempo que la potencia militar fuera incluida en la lista, lo que, en el contexto de las tensiones de la «segunda guerra fría», significaba amenazas potenciales a la independencia e integridad del espacio euroasiático. Expresado en el número de cartas de protesta de ciudadanos enviadas al comité central, el descontento popular aumentaba: 74.000 cartas en 1984 y un 25 por 100 de incremento cada año.

Como dice el historiador Moshe Lewin, nada de lo que ocurrió en la URSS a partir del reconocimiento oficial de la crisis con la perestroika de

Mijail Gorbachov fue «repentino», excepto el hecho de que la mayoría de las enfermedades se manifestaron simultáneamente. Ese iba a ser un cuadro que superaría al más enérgico y preparado equipo reformador. El cúmulo de circunstancias de la nueva época, unido al legado burocrático del pasado, que veinte años de sueño letárgico había complicado aún más, sumado a la improvisación optimista de los reformadores más honestos y al egoísmo y la codicia de los más deshonestos —que pondrían sus intereses de clan por delante de los del país—, desembocaría en una nueva «época turbulenta» de la historia rusa. Las previsiones occidentales al respecto resultaron erráticas. «En las dos últimas décadas del siglo xx, la economía soviética se desarrollará a un ritmo más lento que en los años anteriores, pero que todavía podrá considerarse medio según los estándares mundiales», concluía una obra conjunta de eminentes soviólogos norteamericanos en 1983. La economía soviética, «está en buena forma, será capaz de mantener la carrera de armamentos sin recortes del nivel de vida y desarrollándose más rápido que la economía de Estados Unidos», concluía en 1982 un sesudo informe de 400 páginas de la CIA. Estos pronósticos parecían confirmar la lapidaria sentencia del pensador social ruso del siglo xix Aleksandr Herten: «En occidente, sencillamente no conocen Rusia».